

## Capítulo 2

### Conciencia afectada, operar-habitar la realidad

---

Mi nombre es John Alejandro y soy esquizofrénico,  
no soy nada de atractivos [sic] mucho menos fotogénico.

Mi mejor amigo es un payaso que me aconseja,  
tiene ojos de rana y vive dentro de mi oreja,  
él habla mucho y a veces se molesta,  
y cuando le pregunto cosas, casi nunca me contesta,  
pero él da la vida por mí y yo doy la vida por él.

CALLE 13

—Profesor, esto es real o solo pasa en mi mente.

—Harry, claro que pasa en tu mente,  
pero eso no significa que no sea real.

YATES

Alicia estaba ya tan acostumbrada  
a que todo lo que le sucedía fuera extraordinario,  
que le pareció muy aburrido y muy tonto  
que la vida discurriese por cauces normales.

CARROLL

**S**omos animales cuya forma de habitar la realidad, lo que llamamos conciencia, está mediada por los instintos y los afectos. Como seres biopsicológicos estamos circunscritos a los procesos

naturales evolutivos, de ahí que la simulación interna que hacemos de la realidad esté condicionada por cómo nuestro cerebro interpreta los estímulos externos del medio.

La naturaleza nos dotó de capacidades excepcionales para que nuestro cerebro interprete las ondas sonoras en el aire como sonidos para escuchar; las ondas o partículas de luz que chocan sobre los objetos como colores, sombras y temperatura; las moléculas que viajan con el viento, como olores; las que llegan a nuestra boca, como sabores; y las formas, objetos y sustancias, como texturas. Estos estímulos viajan como impulsos eléctricos hasta regiones neuronales donde son organizadas e interpretadas de manera electroquímica. Como tal, nuestro cerebro es un gran organismo psioelectroquímico, que funciona organizadamente para darle sentido a la realidad en que nos movemos.

En la lógica anterior, como órgano psioelectroquímico, nuestro cerebro es susceptible a la interacción con elementos biológicos, químicos y psicológicos. Esto nos lleva a plantear el argumento central del presente acápite: que esta manera de habitar-operar en la realidad que llamamos conciencia, al ser una con el cerebro, ha evolucionado interactuando dinámicamente con los factores fluctuantes de la naturaleza propia y externa, lo cual ha generado una simulación filtrada y afectada de lo que entendemos y vivimos como realidad.

Con este norte, trataré de mostrar que la evolución nos dotó de herramientas para darle sentido al medio en que vivimos, por lo cual no necesitamos de toda la información, solo de porciones de la realidad. Luego, definiré y ejemplificaré el concepto de conciencia como una manera que tiene el cerebro de operar-habitar-saberse en la realidad. Además, desde lo funcional ilustraré la capacidad cooperativa que tienen las partes del cerebro para organizar y establecer la conciencia. Ulteriormente, alertaré sobre cómo el contexto pesa de forma fundamental a la hora de construir la conciencia personal y cómo esta simulación interna

de la realidad siempre está afectada, bien sea por los instintos, afectos, sustancias, enfermedades o trastornos mentales, memorias o aprendizajes en la cotidianidad.

## ¡Mis preciosos! Fragmentos valiosos de la realidad

Gollum (o Sméagol, nombre del *hobbit* antes de su corrupción), en la novela de aventuras escrita por John Ronald Reuel Tolkien (J. R. R. Tolkien), *El señor de los anillos* (2002), va a irse transformando al poseer la sortija a tal punto que vivirá y será condicionado por los impulsos negativos que esta, al parecer, le dicta. El anillo se convierte en su tesoro, en lo que más ama, en la razón por la cual vive y se relaciona con los demás. Desde allí interpreta las acciones de los demás y la realidad que lo rodea. Su fortuna es ese pequeño metal.

En la vida cotidiana sucede algo similar con nuestra manera de percibir el mundo, solemos suscribir una teoría como la explicación o comprensión global o total de la realidad. Sin embargo, es necesario decir que cada teoría, prescripción y etiqueta que hacemos sobre la realidad no son más que ejercicios sobre una porción o, cuando mucho, una de múltiples posibles expresiones a propósito de la realidad. En otras palabras, puede que solo sea una forma de explicar-comprender la realidad o que estemos viendo únicamente una parte del fenómeno que aparece frente a nuestros ojos-cerebro.

Esta situación se debe, en gran medida, a nuestras limitaciones evolutivas. Desde luego, una conciencia a un alto nivel puede superarlo y ver una realidad más global. El resto de los mortales solo vemos porciones y trabajamos a partir de ellas. La evolución nos dotó, o mejor, nos dio la oportunidad de funcionar con algunos fragmentos de la realidad, no requerimos de la totalidad, lo cual nos enloquecería.

De hecho, el cerebro solo reconoce algunos de los estímulos que nos llegan a través de nuestros sentidos: la luz y su efecto sobre las cosas permiten que veamos colores, muy necesarios para apartarnos de animales y plantas venenosas o para identificar las frutas maduras, mas no vemos como si tuviéramos rayos X ni tampoco podemos ver la luz infrarroja, aunque distinguimos la profundidad que nos ayuda a diferenciar entre lo cercano y lejano, lo cual nos favorece ante la presencia de un depredador. Nuestro olfato identifica algunos olores como buenos y otros como aterradores, percibimos muy débilmente las feromonas y ampliamente los olores desagradables, con ellos asociamos lo fresco y comestible, lo descompuesto y dañino. Con el oído alcanzamos a distinguir algunos sonidos que nos ayudan a comunicarnos con otras personas, a estar tranquilos o correr ante un ruido estridente.

Otro factor determinante para nuestra parcialidad es que el cerebro funciona como un sistema “autorreferencial cerrado” (Llinás, 2002), lo cual indica que su actividad no está fundamentada exclusivamente ni en los estímulos externos que entran por los sentidos ni en las funciones dadas por los estímulos internos. El cerebro trabaja con los estímulos externos realizando una imagen interna, ordenada y consecuente con los procesos internos, lo cual nos permite realizar una de las funciones para las cuales el cerebro está diseñado: predecir.

Para Llinás, “el sistema nervioso anticipa mediante una rápida comparación entre las propiedades del mundo externo, transmitidas por los sentidos y su representación interna sensomotora” (2002, p. 28). Ello implica que, al parecer, existen dos realidades para el cerebro, una externa —lo que llamaríamos realidad objetiva— y una interna —que es la imagen o representación compleja que hace de lo externo—.

Para llegar a esta representación compleja —entiéndase también, integral— de la realidad, el cerebro hace uso de los estímulos que le llegan por medio de los sentidos. Al parecer, el cerebro

funciona por módulos, por porciones de tejido neuronal que se encargan de determinadas funciones.

El cerebro es como un gran *call center* al cual llegan cientos de miles de llamadas a través de diversos receptores telefónicos, los cuales se organizan por grupos dependiendo de las necesidades más constantes de los usuarios; así, hay grupos que se encargan del mercadeo, de vender los productos que posee la compañía, de las quejas y reclamos; otros son el soporte técnico y algunos verifican que los clientes estén al día con sus pagos. Esta organización asegura una visión más general de los usuarios y sus requerimientos, además, este tipo de especialización permite eficiencia en las respuestas.

Ahora bien, todos esos estímulos no tendrían sentido si no hubiese una central que los condensara y procesara. Imaginemos que al *call center* llega toda la información de los usuarios, pero que los grupos no tienen conexión alguna entre sí. Desde luego el caos sería total, la empresa no sabría qué hacer con todos estos datos, tendría visiones parciales, aunque no se daría cuenta de ello, lo cual, tal vez, es lo que sucede cuando alguno de los *módulos cerebrales* está dañado, ha sufrido una lesión o sencillamente nacimos desprovistos del él.

El papel de centralizar y organizar en una imagen global, que permita saber qué, cuándo y cómo hacer algo o responder ante ello, le pertenece a la entidad que Llinás llama el “sí mismo” o central de predicción (2002, p. 40). Es una especie de creación absoluta y totalizante que ha emergido con la evolución del cerebro.

Este sí mismo no es el equivalente a la conciencia, porque solo cumple con funciones operativas de administrar, organizar y predecir. Sería como el departamento de talento humano de la empresa, que aunque centraliza y organiza a los trabajadores no se reconoce a sí mismo y no entiende para dónde va la empresa y no tiene por qué hacerlo; además, a pesar de reunir la información, esta no le llega de primera mano sino por la interpretación que se transmite por los clientes-estímulos desde los receptores, pasando

por los directores de cada grupo de trabajo, que a su vez la redistribuyen antes a cada jefe de área.

Esto último debe ser así, el sí mismo no requiere de un autorreconocimiento para funcionar, de lo contrario estaría constantemente reflexionando sobre cada acción que va a ejecutar, sin contar con que debería organizarlas y detenerse a analizar cada una antes de realizarla, algo que resultaría en verdad peligroso a la hora de enfrentarnos a un depredador.

En esa medida, el sí mismo realiza una imagen global interna de las funciones externas, es decir, articula de manera interna, mediante una especie de lógica dinámica, las funciones motoras externas; en términos más sencillos, realiza simulaciones constantes de lo que puede pasar en el exterior, lo cual le permite predecir lo que pasará. Como lo aclara Llinás:

Para que la predicción resulte útil, el sistema nervioso debe generar una solución promotora en lo relacionado con los movimientos efectuados sincrónicamente. Cuando un patrón de actividad neuronal adquiere significado interno, el cerebro genera estrategias para proseguir, es decir, para emitir otro patrón de actividad neuronal. Tal estrategia es una representación interna de lo que va a suceder. (Llinás, 2002, p. 28)

En esta línea de ideas, la existencia de un sí mismo implica que la información de los estímulos externos e internos nos llegan por módulos —regiones de tejidos neuronales—, lo cual podría conducir a dos cuestionamientos, a propósito de nuestra visión de la realidad: por un lado, ¿hasta dónde podemos validar que toda la información que nos llega está efectivamente conectada en el sí mismo? y, por otro lado, ¿cómo podemos estar seguros de que esa información que le llega al sí mismo es cierta si ha pasado por diversos filtros?

Existe otro factor que hace que veamos solo parte de la realidad, la priorización de acciones. Como ya dijimos, para que el sí mismo pueda predecir, ha de tomar decisiones con rapidez, y ello lo hace

gracias a una organización lógica que depende de las experiencias previas, las imágenes creadas en el interior del cerebro y en razón a la sincronización exterior-interior. Esta condición es importante para sobrevivir frente a situaciones inmediatas y que ponen en riesgo la integridad. De ahí que nos enfoquemos en aquellas situaciones emergentes y urgentes sin detenernos a analizar; es cuestión de instinto, un acto reflejo. Enfocarse implica que dejemos de lado cualquier otra cosa que estemos haciendo, sintiendo o percibiendo, y centrarse en la prioridad, que es sobrevivir o defendernos.

Una situación más, a propósito de nuestra visión fragmentada de la realidad: hemos dicho que el cerebro funciona como un sistema autorreferencial cerrado, es decir, está sujeto a su enclausuramiento craneal y la información que le llegue por *oidas* de los otros órganos y neuronas; también que funciona realizando simulaciones motrices del exterior. Dos elementos que permiten comprender el cerebro “como un emulador de la realidad y no como un simple traductor” (Llinás, 2002, p. 16), como un órgano que ve solo a partir de lo que le llega de otras partes. A simple vista esto es un idea básica, aunque si se piensa detenidamente tiene una seria implicación: quiere decir que en nuestro interior quizá no exista una imagen fiel, como en una radiografía o fotografía, de la realidad externa, sino una imagen tal vez enriquecida y unificada de lo que hay fuera, junto con lo que experimentamos en nuestro interior.

Una última cuestión, la cual considero más contundente: el mundo solo puede ser traducido por nuestro cerebro. Como dice Vicente Simón: “Cualquier método o herramienta que podemos utilizar para describir, investigar o analizar dicha realidad depende de las propiedades y características concretas de nuestro cerebro humano” (2011, p. 15). Apreciar el mundo involucra de plano que se haga a través de los filtros, particularidades y morfologías del cerebro humano; si funciona con solo algunos de sus *módulos*, únicamente veremos la parte que estos permitan; si hay alguna

afectación, experimentaremos la realidad desde allí. En conclusión, habitaremos en esa realidad desde esos fragmentos, preciosos fragmentos, que tengamos.

## Charla con una oruga. Saberse

La pobre de Alicia ha pasado por muchas circunstancias desde que entró por la madriguera persiguiendo al Conejo Blanco; cayó por un largo tiempo en el vacío, bebió y comió diversas cosas que le hicieron cambiar de tamaño y se cruzó con varios personajes y peligros que la sacaron de su *normalidad*, lo que la llevó a un estado de crisis identitaria, una especie de esquizofrenia cognitiva en la que duda de casi todo lo que hasta hacía poco tiempo atrás había visto, vivido, leído, conocido y aprendido.

Parece que el conocimiento actúa de esa manera, nos atropella con experiencias nuevas y singulares a través de situaciones *tremendas* e incomprensibles o por medio de las afectivas, razonables y cercanas disertaciones de un rostro familiar, cambiando el rumbo o el foco de nuestras observaciones.

Después de huir de la mala experiencia causada por los cariños del enorme “cachorrito muy mono”, Alicia busca, presurosa, algo de comer, que le permita crecer poco más de los comprometores siete centímetros que mide. Como en las anteriores oportunidades cree que cualquier cosa puede ser el alimento mágico, pero ¿cuál? Insisto, puede ser cualquiera. En uno de sus recorridos por el enorme jardín ve una hermosa seta, en la cual encuentra “los consejos de una odiosa Oruga” (Carroll, 2004, pp. 30-34).

Tres circunstancias se presentan en este particular encuentro. Inician la conversación con una pregunta un tanto socrática por parte de la Oruga, “¿quién eres tú?” (p. 31); continúa con otra cuestión, “así que tú crees haber cambiado, ¿no?” (p. 32); después de un rato, “¿qué tamaño te gustaría tener?” (p. 34); y finalmente,

“un lado ¿de qué? El otro lado ¿de qué?” (p. 34). Quizá estas cuestiones pueden resumirse en tres: ¿quién o qué eres? (identidad), ¿de dónde vienes o dónde estás? (ubicación), y ¿qué o con quién quieres ser? (relación).

La primera cuestión —¿quién o qué eres?— ha devanado el cerebro de muchos haciendo que corran mares de tinta sobre kilómetros de papel en todas las épocas. Para los griegos, en especial para Sócrates, será fundamental esta respuesta, porque en ella se encuentra la descripción y posicionamiento del hombre en medio del universo, allí está la semilla que le permite saber cuál es su finalidad en este mundo y es el fundamento de todo conocimiento. Saber que no lo sabemos se constituye en el más grande de los conocimientos.

Los semitas se tropezaron con este cuestionamiento, entre otras oportunidades, cuando Moisés subió al monte y recibió como respuesta de Dios, frente al “qué diré al pueblo cuando me pregunten cómo se llama el Dios que te envía”, el contundente “Soy el que Soy” (Ex 3, 14). Los cristianos pondrán esta expresión en boca de Jesús en diversas oportunidades, incluso cuando él les pregunta a sus discípulos “¿y vosotros quién decís que soy yo?” (Mt 16, 15) o durante su arresto en el Huerto de los Olivos, como réplica a los alguaciles de los sacerdotes judíos y algunos centuriones romanos que buscaban a “Jesús el Nazareno” (Jn 18, 4-5).

Más allá de las Escrituras, la búsqueda de esta respuesta será el centro del pensamiento del padre de la ciencia moderna, Descartes. Para el filósofo, matemático y físico francés la cuestión no es irrelevante. ¿Quién soy? implica una respuesta contundente: “Una cosa que piensa”; la idea de establecer la “codificación sistemática de la investigación, en orden a integrar todos los hallazgos bajo unos principios únicos, eliminando la existencia de huecos y discontinuidades en el despliegue de la razón” (Arana, 2015, p. 64).

Es decir, una idea de totalidad metodológica que permita estructurar sus indagaciones, lo va a llevar a que su método se

caracterice por la concepción de orden, “porque afecta tanto al procedimiento de la investigación subjetiva como a la estructuración objetiva de la ciencia misma” (p. 65). Su gran preocupación lo arrastrará a la consolidación de un método universal para las ciencias de la razón.

De ahí que caiga, después de una acusación de supuesto plagio (Huet, 1689) y de muchos planteamientos sobre lo que sería la confluencia de sus continuos cuestionamientos infantiles (Baillet, 1691) y devenires de adulto, en el colofón de la duda metódica, el único conocimiento cierto que podría tener: *cogito ergo sum*.

En la apasible Holanda encontrará la tranquilidad necesaria para descubrir que de lo único que no se puede dudar es de la existencia de un algo que piensa, y ese algo es cada uno. Y cómo no, si toda su vida estuvo medida por la duda: su madre murió recién él llegó a este mundo, pronto su espíritu inquisitivo le valió para iniciar estudios con los jesuitas, luego de estudiar Derecho y librarse de sus preceptores abandonó las aulas por considerarlas decepcionantes y llenas de lagunas, se dedicó entonces a conocer diversas cortes, después se enlistó en la fuerza militar de Maurice de Nassau, príncipe de Orange, que le permitió conocer a uno de sus más fieles amigos y mentores, Isaac Beeckman.

Si con Descartes se inicia la ciencia moderna y la idea de leer la naturaleza con un mismo método universal, será con Hegel que el idealismo filosófico del siglo XIX encuentre su cumbre. Como un gran tronco que ha bebido de las más fastuosas fuentes de la ciencia, la filosofía, la historia y la poesía clásicas y de la ilustración, sus ramas serán asidero de un amplio número de los pensadores occidentales. Su amistad con Hölderlin y Schelling le valdrá para asegurarse un puesto como profesor en la Universidad de Jena y como abrevadero para un fuerte espíritu como partidario de la Revolución francesa.

Ya en la Universidad de Berlín su inquietud será conducida a través de los pasillos de la investigación hasta elaborar su propio

pensamiento filosófico. Para este coloso la pregunta de “¿quién eres tú?” lo llevará hasta las riberas de una respuesta reiterativa como las olas entre las filosofías de corte idealista-subjetivista, este *yo* es la unidad pura de autoconciencia objetiva. Posee un carácter absoluto que remite al conocimiento de algo diferente del *yo mismo* en relación a sí.

Es capaz de identificar la diferencia con lo otro conocido en relación al reconocimiento de sí mismo como concededor. Además, parte de la idea de que la realidad es un todo formado por partes integrantes, y que el sentido de esta solo puede ser aprehendido por su remisión a la totalidad en la que se inscribe tal conciencia.

El espíritu humano no descansa cuando de descifrar enigmas se trata, este es el principal motor de un neurólogo austriaco de ascendencia judía, Sigmund Freud. Una vida en medio de una familia poco común, un padre veinte años mayor que su madre, hermanos de la misma edad de su progenitora, una Europa que se debate entre las dos más grandes guerras que la humanidad ha visto en los últimos siglos y su condición de migrante judío asediado y perseguido por el largo y fuerte brazo del Nacional Socialismo Alemán despertarán un acérrimo entusiasmo e interés por conocer la naturaleza humana; un ejercicio que realizará más allá de conceptos abstractos y filosofías idealistas, llevándolo a descifrar un método para la investigación de los factores que intervienen en el pensamiento y comportamiento humanos.

Como resultado de sus esfuerzos inscribirá en los renglones de la historia lo que denominará psicoanálisis; una herramienta que se fundamentará en conceptos *sui generis*, como: inconsciente, represión y transferencia. Su aporte será la explicación del comportamiento humano a la luz de teorías y experiencias biológicas. No en vano, su paso por la medicina en el laboratorio del fisiólogo Ernst von Brücke y en la Universidad de Viena le servirán como preparación para comprender más sobre las neuropatologías del ser humano.

Para el psicoanalista la respuesta a “¿quién soy yo?” será resuelta diciendo que la mente está dividida en capas constituidas por un nivel consciente (superyo), uno preconsciente (yo) y uno inconsciente (ello). Este último se constituye en un impulso primitivo que se manifiesta por medio de chistes, lapsus, sueños y actos fallidos, que al estar reprimidos en este nivel configuran una gran fuerza con efectividad psíquica que determina gran parte de los problemas y acciones del hombre.

El trabajo del psicoanálisis, mediante herramientas como la hipnosis, las regresiones, la exteriorización de narrativas —ya son conocidas ampliamente las imágenes que muestran a un psicoanalista en su consultorio, con lápiz y libreta en mano, apuntando todo lo que enuncia su paciente mientras este se encuentra recostado en un diván— y la asociación libre, es el de llevar esas representaciones al plano consciente para que sean reelaboradas y asumidas por el paciente y el preconsciente haga su trabajo: mediar entre los impulsos del inconsciente y las restricciones del consciente, convirtiéndose en la posibilidad para que las personas conserven un yo saludable que se adecúe a las condiciones de su entorno, por medio del equilibrio entre los requerimientos de sus deseos y limitaciones.

Volviendo a Alicia, la segunda cuestión que marca el diálogo con la Oruga, ¿de dónde vienes o dónde estás?, es igual de abrumadora que la primera. Alicia ha pasado —cambiado— por tanto que no sabe cómo responder, piensa hacerlo apelando a su memoria a través de narrativas y poesía, pero todo le resulta confuso y trastocado. Justo este preguntarse por el *dónde* implica una correspondencia no solo con un lugar físico o territorio de procedencia, sino que arrastra consigo las conexiones, experiencias, olores, comidas, prácticas, instrumentos y discursos construidos con sentido en ese territorio.

La procedencia cobra sentido en la medida en que refiere a un lugar *común con otros y diferente de otros*. Bauman volverá sobre ello

cuando dice: “Pero allí, en Inglaterra, era un inmigrante, un recién llegado y, hasta no hace mucho tiempo, un refugiado procedente de un país extranjero, un extraño” (2010, p. 27). Su condición de extranjero lo remite a un lugar extraño de donde fue desterrado, arrancado de su cotidianidad, de sus experiencias compartidas con otros, de rostros familiares, y lo asienta en medio de unos diferentes, que no lo reconocen como miembro y participe de sus prácticas y artefactos comunes.

De ahí que enfatice en la pregunta: “¿Pero se puede dejar de ser un recién llegado una vez que lo eres?” (p. 27). Se siente como Alicia, desconcertado porque es una pregunta difícil de contestar, no se sabe de qué lugar viene ni en cuál está. Está en medio del gran parque, de columpios, árboles, prado, juegos, personas sin rostro y caminos marcados por losas hacia otros tantos posibles lugares. Bauman continúa:

Una vez puesto en movimiento, arrancado de lo que podría pasar por mi *hábitat natural*, no había lugar donde se pudiera considerar que yo encajaba, como dicen ellos, en un cien por cien. En todos y cada uno de los sitios yo estaba (a veces un poco, otras ostensiblemente) *fuera de lugar*. (2010, p. 33)

Está en una intersección, como la Oruga, que representa un estado transitorio, no es gusano ni mariposa, está en medio. Esto último es lo que precisamente tiene un carácter relevante para el ser humano, lo remite a un lugar. No se confunda el lector, el *medio* (Halliday, 1994, p. 17) no se trata de un mero lugar físico (aunque este sea referente), va más allá, además de ser social es la posibilidad de sentirse participe de algo, donde las prácticas y artefactos de una cultura cobran sentido para el habitante, para quien la habita.

Solo se es extranjero en la medida en que no se reconoce ajustado ni ajustable en ese *en-medio-de* por sí mismo y por efecto o referencia a los demás. Este *en-medio-de* le permite, cuando logra apropiarse de él, reconocer los lugares comunes que lo aúnan o

diferencian con los demás, llevándolo a comprender su posición y su proyección como persona: entiende qué ha sido, qué ha cambiado y que ha de construir su camino con las losas que tiene bajo sus pies.

En nuestros tiempos, en donde el planeta es uno solo y no exclusivamente en lo referente a lo físico —recordemos que las políticas, la economía y la información intervienen a escala internacional—, cada vez se vuelve más complicado descubrirnos con un *en-medio-de* que nos sea familiar. No solo existe un medio, nos enfrentamos a muchos, que estando interconectados o desconectados nos hacen sentir siempre inmigrantes, así estemos en nuestra tierra. La tierra ya no es condición de nacionalidad<sup>1</sup>.

En estos *en-medio-de* nos convertimos en “receptores y reinventores de tradiciones que no son nunca nuestras” (Garcés, 2016); descubrimos con cierta desazón que “somos periféricos respecto a nuestras fuentes y extraños entre nosotros” (p. 40). Como la situación del noble Cristobalito Nonato, narrada por Carlos Fuentes (1994), que aunque no ha nacido ya se encuentra en medio de nosotros, y sin el cual, sin su narrativa, no tendríamos novela, no sabríamos qué sucede en la historia. Este *no-nacido* no está en el limbo del no ser ni en el territorio físico del ser, solo está, nos afecta y es afectado por todas las particularidades que le preceden y le suceden a través de sus padres. Cristóbal está en medio, de camino hacia ser, desde sus raíces e identidades, sabe cuáles son sus raíces genéticoculturales y, no nacido, ve en el horizonte las naves que lo llevarán a Pacífica, su próxima *nación* (Fuentes, 1994, pp. 450-455).

---

1 Si bien sobre este tema han escrito magníficos autores, propongo seguir la lectura de Bauman (2010) a propósito de la identidad, en la cual se hace un interesante recuento de la identidad nacional más allá de los territorios, del *natus* (lugar de nacimiento).

En tal estado intermedio, Cristóbal trata de recomponerse, de saber en qué *en-medio-de* se encuentra; recaba en sus genes<sup>2</sup>, en las narrativas de sus predecesores, en las historias de cada uno de los personajes con los cuales se cruzan sus padres, Ángeles y Ángel; en las experiencias que estos viven y en las convulsas actividades que sufre su *nación*, México; juega con los pensamientos —actividad que le permite el escritor— de las personas, leyendo en sus actitudes y decisiones situaciones que pueden suceder y que lo afectan; se asienta en lo *politómico* de su genética cultural para tratar de comprender este mar de situaciones; arrastra consigo las desventuras y cicatrices enraizadas en los cuerpos y mentes de los habitantes de esta novela<sup>3</sup>.

---

2 “Nómbrale: ya salió, ya ni modo, con todos sus genes a cuestras, portando, por Dios, portando todo lo que somos, hierba mala nunca muere: semillita, semillonaria:

—La culpa de todo la tienen los genes —dijo el tío Fernando Benítez.

—Ciertamente: la culpa de todo la tienen los Hegels —contestó el tío Homero Fagoaga.

—Así es —confirmó el tío Fernando—: todo lo que semos desde el origen, todo viene inscrito en él, ay, mi DNA del alma, va a encontrar tu huevo Ángeles, tu esperma Ángel, portando por Dios, Nombre de Dios, Española, la Reina por Dios, portándolo, Cristo, Cristo” (Fuentes, 1994, p. 13).

3 “—No le entreguen su niño por nacer al horror insalvable de México, sálvenlo, sálvense: vengán a un mundo mejor del cual ya es parte una parte de México, todo el Pacífico de Ixtapa al norte, toda la cuenca pacífica de California y Oregón, Canadá y Alaska, China y Japón enteros, las penínsulas, los archipiélagos, las islas, Oceanía: una cuenca de ciento ochenta millones de kilómetros cuadrados, tres mil millones de seres humanos, la mitad de la población del mundo, trabajando juntos, tres cuartas partes del comercio del mundo, la casi totalidad del adelanto tecnológico, la máxima conjunción de mano de obra y sapiencia técnica y voluntad política de la historia humana —dijo el Niño Perdido, niño encontrado, entonando una como salmodia con sus manos de dedos largos—, vengán con nosotros al Mundo Nuevo de Pacífica, den la espalda al tiránico Atlántico que los fascinó y dominó durante cinco siglos: cese ya su fascinosa fascinación fascinada fascista con el mundo Atlántico, denle la espalda a ese pasado, miren al futuro porque

Parece, entonces, que el lugar físico y mental se configura como un referente de procedencia y prospectiva, que le permite a la persona-conciencia ubicarse en medio de situaciones, tiempos, lugares y comunidades que le son comunes o inusuales; de ahí le es lícito referirse a un “yo soy y vengo de” o a un “yo soy y estoy en”, o lo que es lo mismo: “Mi vida ha sido las experiencias que he sorteado en medio de una comunidad que posee sus construcciones y desde allí he decidido ser esto que presento, que narro”.

Finalmente, retomamos la tercera cuestión de Alicia y la extraña conversación entre seres tan dispares que se cierra con el “¿qué o con quién quieres ser?”, que como hemos dicho se refiere a los cuestionamientos por “¿qué tamaño te gustaría tener?” y “Un lado ¿de qué? El otro lado ¿de qué?” (Carroll, 2004, p. 34). En este juego de preguntas se encuentra la conjunción y síntesis de las respuestas a las primeras dos cuestiones; hemos respondido que *somos y estamos*, ahora vamos por el *con quién* y el *hacia dónde*.

Estos son dos elementos constitutivos de la conciencia, de la manera como se aprecia la persona, a saber, el relacional y el teleológico. Cuando hablamos del carácter relacional hacemos referencia a esa dimensión humana en la que el hombre no solo es capaz, sino que está sujeto a la relación con otros seres, bien sean humanos, animales o vegetales —cada uno con sus condicionamientos particulares—. Y el aspecto teleológico se refiere a la finalidad, no como una condición preestablecida —un destino—, sino por el contrario, como una construcción intersubjetiva que lo impulsa hacia delante en medio de un contexto sociocultural.

---

allí triunfamos los hombres y las mujeres que solo nos dijimos esto, solo esto: Detrás de la máscara de la gloria está el rostro de la muerte; renunciemos a la gloria, a la fuerza, al dominio, rescatemos al Occidente de sí mismo enseñándole de nuevo a rehusarle poder al poder, a no admirar a la fuerza, a abrirle los brazos al enemigo (sí, mona, velo ahora) a optar por la vida contra la muerte” (Fuentes, 1994, pp. 455-484).

Frederick Douglass fue un afrodescendiente que vivió parte de la época en la cual ser negro constituía una suerte de infortunio, una mala pasada del destino. Sabemos por la ciencia que una gran capacidad evolutiva es la posibilidad de adaptarse a las circunstancias climáticas en que se vive, lo cual para la raza negra se configuró en la resistencia a los climas cálidos y húmedos del trópico. Esto les permitió sobrevivir a la inclemencia del continente africano.

Sin embargo, lo que para unos es un poder, para otros es sinónimo de recurso potencial de economía; con la fuerza militar de los ingleses y la necesidad de proveer mano de obra resistente a las condiciones del nuevo continente americano, se dio la oportunidad de abrir un floreciente mercado de esclavos. Se abastecieron las grandes plantaciones de algodón, caña de azúcar, cacao y tabaco, entre otras; centenares de barcos atravesaron el mar con un valioso cargamento, personas de raza negra fuertes y resistentes, capaces de labrar la tierra.

Con ellos llegaron dioses, medicinas, técnicas e historias que surcaron conectando, cual rizoma o archipiélago, las montañas y valles desde las riberas del Misisipi, las colonias centroamericanas y los territorios insulares hasta los límites de la región brasileña, formando así un solo Caribe (Arciniegas, 1963; Glissant, 1996; 2005; Fernández, 2009; Bonfiglio, 2014), el cual estuvo invisibilizado —hasta hace poco tiempo— por medio de látigos, grilletes, mutilaciones, perros, arcabuces, narrativas y epistemologías hegemónicas.

En ese contexto, el liberto Frederick Douglass, escribe su autobiografía, *Frederick Douglass: vida de un esclavo americano, escrita por él mismo* (1995<sup>4</sup>), en la cual podemos evidenciar los dos elementos constitutivos de la conciencia que referimos anteriormente, a saber, el relacional y el teleológico, que se configuran en el *sueño americano*.

---

4 Traducción reciente del manuscrito publicado por primera vez en 1845.

Por un lado, Douglass ubica al hombre en relación con otros y sus construcciones culturales; y por otro, propone que, a partir de dicha ubicación, el sujeto se vea enlazado con una serie de orientaciones que lo conducen a un determinado fin. Douglass lo ha llamado *self-made men*, la construcción de sí mismo. Su historia, como la de otros tantos, es la narración de una vida que se da a partir de la nada —nace esclavo— y que gracias al trabajo arduo y disciplinado llega a gozar de un nombre, comodidades, propiedades y dinero en medio de la libertad. Frederick se construye la vida que él desea:

Mi teoría de los hombres hechos por sí mismos es, entonces, simplemente esto: que son hombres de trabajo. Si estos hombres han adquirido o no la excelencia material, moral o intelectual, el trabajo honesto, fiel, constante y persistentemente perseguido es la mejor explicación, si no la única, de su éxito. (Douglass, 1995)

El sueño americano es la idea, el *en-medio-de* actual de que el esfuerzo y el trabajo disciplinado, no el azar o la buena fortuna, son los que llevan a una persona de condiciones socioeconómicas desfavorables hacia el éxito. Es una idea que implica dos condiciones: una, la concepción de éxito; dos, el concepto de trabajo. Ambas se asientan en un contexto historicosocial, las ideas de éxito y trabajo son diferentes en cada tiempo y territorio —cada medio depende de las condiciones culturales—: quizá para el medieval, exitoso es el caballero que logra la santidad y lo hace mediante un trabajo arduo de lucha contra los infieles; para el hombre moderno será ser joven (o por lo menos parecerlo), preparado académicamente, con propiedades, un buen trabajo o empresa y con la libertad de adquirir y viajar.

En esa lógica, una sencilla idea como la del sueño americano termina condicionando las concepciones y prácticas humanas. Hace que nos relacionemos con nuestro entorno y con los demás *Homo*

*sapiens* de una manera: la que valora y promueve las luchas para conseguir el éxito en términos del capitalismo, poseer y consumir.

En este punto es importante recoger el diálogo entre Alicia y la Oruga. Tres situaciones la han definido: identificar que hay alguien que se hace preguntas, un *soy*; que, además, se ubica en un espacio-tiempo (físico o mental) que le permite autorreferenciarse; y que, desde esa autorreferencia, logra relacionarse con otros, marcando, con ellos, un derrotero que le permite dar sentido a su propio *soy*. Estas tres situaciones serán, precisamente, las que configuran o el marco en el cual se mueve aquella función global del cerebro que hemos llamado conciencia.

Al ser la conciencia un concepto tan polisémico es necesario establecer algunas fronteras. Luis Álvarez Munárriz (2005) la describe como “una capacidad global de la mente humana que nos proporciona un saber acerca de nosotros mismos y de nuestra situación en el mundo” (p. 11). Esta capacidad nos proporciona una visión dentro de un mundo y un tiempo, y en relación con otras realidades. La particularidad de este conocimiento radica en el hecho de que no es mero almacenamiento de datos sobre la realidad: Álvarez Munárriz continúa:

Saber, percibir, autopercebir, reconocer, sentir, experimentar [sic], darse cuenta, percatarse, etc., que aparecen en la mayoría de las descripciones de la conciencia, no hay que identificarlos con saber puro o conocimiento abstracto, ya que ese percibir y apercebirse siempre está coloreado por un tono emotivo y afectivo que remite a la totalidad orgánica que somos. (p. 11)

En todo caso, este saberse no es un mero conocimiento sobre la realidad en términos matemáticos, físicos o químicos, o sobre el hombre en lo anatómico o sobre la historia de Roma; es un conocimiento que está mediado por los sentidos y los afectos, por la vida que tenemos y hemos llevado. No se trata de una conciencia abstracta, elevada, hiperuránica o angelical, por el

contrario, es “corporeizada, mundanizada, intersubjetivamente mediada” (Álvarez, 2005, p. 11). Es como lo traduce Pablo Neruda (2010) en uno de los fragmentos de “La lámpara en la tierra, amor América (1400)”:

Yo, incásico del légamo,  
toqué la piedra y dije:  
Quién  
me espera? Y apreté la mano  
sobre un puñado de cristal vacío.  
Pero anduve entre flores zapotecas  
y dulce era la luz como un venado,  
y era la sombra como un párpado verde.

Este ser humano se identifica *incásico* de herencia, en búsqueda de una voz, un rostro, una mano que conteste, que lo espere y, sin embargo, se descubre solo en medio de la tristeza, en relación con la calidez de la luz y el verdor de la tierra. Se sabe en medio, con y para. Se ubica, se despierta, se siente. En ese sentido la conciencia podría ser una especie de manera en que opera el cerebro en la realidad externa o interna. Esta forma de operar nos permite a las personas *sabernos*, como lo que le sucede a Virginia Wolf (2001) cuando camina por la universidad:

Así fue como me encontré andando con extrema rapidez por un cuadro de hierba. Irguióse en el acto la silueta de un hombre para interceptarme el paso. Y al principio no comprendí que las gesticulaciones de un objeto de aspecto curioso, vestido de chaqué y camisa de etiqueta, iban dirigidas a mí. Su cara expresaba horror e indignación. El instinto, más que la razón, acudió en mi ayuda: era un bedel; yo era una mujer. Esto era el césped; allí estaba el sendero. Solo los *fellows* y los *scholars* pueden pisar el césped; la grava era el lugar que me correspondía. (p. 6)

Dice “me encontré”; es decir, *se supo* caminando por un espacio y a una velocidad, es una referencia a su corporalidad que se desplaza

y que ocupa un espacio. Lo que sigue va desde la mera observación de otro, pasando por la *no comprensión* y la articulación de sus circunstancias, hasta comprender que esa ocupación del espacio desde su corporalidad, desde su género, implica una relación con el otro que la interpela en un tiempo y en un espacio concretos. De esta forma, Virginia se sabe desde su realidad externa que condiciona la interna.

Ahora bien, este *saberse* puede ir acompañado por diversos complementos que permiten conocer la dimensión donde se mueve la conciencia; por supuesto no están separadas, solo las separamos por una cuestión metodológica. Estos complementos, *en, con, para* y *como*, proyectan a la conciencia como una totalidad que se auto-percibe. Nos da la posibilidad de sabernos *en* medio de un tiempo o espacio, de una tormenta, de sentimientos —contextual—; sabernos *con* otras personas, otras realidades, otros seres —relacional—; sabernos *para* la vida, para luchar, para ser felices —teleológico—; sabernos *como* seres inteligentes, corpóreo-espirituales, bellos —intrapersonal—.

Sin embargo, la existencia de uno de estos complementos no implica ni se opone a ninguno de los otros, se puede *saber* con otras personas y, sin embargo, no se sabe *como ser inteligente*, etc. Una maravilla del ser humano es esta capacidad de unir contradicciones, gracias a ello podemos vivir en el mundo sin mayor dificultad (Harari, 2015).

También es necesario decir que no todos los procesos en el hombre implican un *saberse*; en ocasiones experimentamos situaciones que nos arrancan del mundo de la conciencia. Parece ser que en el cerebro existen estados funcionales que:

[...] aunque utilizan el mismo espacio en la masa cerebral que las imágenes sensomotoras, no generan conciencia. Entre estos se incluye el estar dormido, drogado o anestesiado, o sufrir una crisis epiléptica generalizada. En estos estados cerebrales, la conciencia desaparece y todas las memorias y sentimientos se

funden en la nada y, sin embargo, el cerebro sigue funcionando con los mismos requisitos normales de oxígeno y nutrientes, aunque no genera ningún tipo de conciencia, ni siquiera de la propia existencia. (Llinás, 2002, p. 2)

En esos procesos la conciencia se aleja de nosotros, dejándonos en el vacío. Estos momentos nos hacen quedar desconcertados y desorientados, entonces es necesario volver a recalibrar, a reconocer nuestro entorno, nuestro tiempo. Todas las mañanas después de dormir ocurren un sinnúmero de procesos que nos devuelven al lugar y a la fecha en que nos encontramos, y gracias a ello seguimos con nuestra vida.

La conciencia se consolida entonces como una función cerebral global que establece nuestro *sabernos*, a partir de la cual nos referenciamos frente a nuestra realidad interna y a otras realidades externas. Tal referencia implica el reconocimiento de lugares físicos o mentales de procedencia, el descubrimiento de un *yo* que se identifica a sí mismo como diferente a otros y que es capaz de mirarlos. Además, este *yo* se relaciona, entra en diálogo con esos otros, descubre un lenguaje que le permite salir de su cavidad craneal y expresar lo que es, siente y piensa.

De esta manera Alicia logra saber qué tamaño desea tener, a dónde va y qué camino tomar hasta llegar a un claro en el jardín, donde encuentra una casa de algo más de un metro de altura, a la cual se aproxima comiendo el lado derecho de la seta hasta hacerse de un tamaño de veinte centímetros (Carroll, 2004, pp. 37-38). Así continúa su aventura, sabiéndose.

## Tormentas en el bosque. Las partes en el todo

Pinocho es una buena marioneta, un tanto díscolo, que se ve en medio de situaciones que le modifican su voluntad. Cuando enfrenta circunstancias donde tiene que tomar decisiones, como ir a

la escuela o al teatro de las marionetas, aparece un personaje simpático: Pepe Grillo. Al parecer, este animalito es la conciencia de nuestra marioneta, es con quien interactúa, le habla y le dice qué cosas debe o no hacer.

Aquí la conciencia está fuera de la persona, pero en la vida real no es así; algunos la plantean como una voz interior, como un narrador en voz en *off* que se encarga de ir contando lo que nos va sucediendo interna y externamente, y que se ubica en el corazón de los seres humanos. Otros dicen que tal voz nos llega de fuera. En esa línea, y sabiendo que en los dos anteriores apartados del presente capítulo hemos dicho que la conciencia es una función cerebral, una oscilación de las neuronas que nos permite sabernos, caben ahora las preguntas: ¿dónde sucede esa oscilación?, ¿dónde está esa voz?; es decir, ¿en qué lugar del cerebro está ubicada la conciencia?

Es importante decir que el cerebro funciona como un todo, en el cual las redes neuronales establecen conexiones con diferentes lugares o tejidos especializados. Cada parte de este cuenta y es relevante a la hora de cumplir con las actividades de una manera eficiente. Si bien el sistema central, el sí mismo que hemos descrito, no recibe los estímulos de forma directa del exterior sino, como en un gran *call center*, a través de otras células y neuronas, ello mismo habla de la inmensa cooperación entre una y otras para que se pueda construir una imagen, una simulación lógica de aquello que sucede en el exterior.

Así, cada parte del cerebro que aporta una imagen, en razón a su uso, va especializándose —aunque no de forma limitada— en ciertas tareas que van dibujando una gran simulación de la realidad. Si trazamos un mapa cerebral en el cual se vean las áreas sensoriales especializadas encargadas del control de los sentidos, por los cuales llegan determinados estímulos, obtendremos lo que la neurociencia ha llamado “homúnculo cortical” (Linás, 2002, p. 135).

Este mapa da cuenta de las áreas, órganos y actividades más desarrolladas del sistema nervioso del cuerpo humano. Por ejemplo, sabemos que existe una gran actividad sensorial en el dedo índice en oposición a nuestra espalda. Dada la necesidad de establecer una relación directa con el exterior que nos permita reconocer el peso, temperatura y cualidades de una superficie, entre otras cosas, el dedo índice desarrolló más receptores que la espalda en toda su extensión. Así, hay un número mayor de neuronas especializadas —las cuales constituyen un tejido— que se encargan de analizar los datos transmitidos por los receptores.

Ahora bien, si existen zonas especializadas en las cuales se desarrollan determinadas actividades, y hemos hablado de la conciencia como una función cerebral, entonces, hay espacio para preguntarnos en qué lugar del cerebro se ubica ese estado mental. Para responder esta cuestión es necesario retomar algunas ideas que ya hemos mencionado anteriormente: por un lado, que la conciencia está enmarcada en tres dinámicas: saberse en un espacio y tiempo, saberse como un algo autorreferenciado y diferente a otros, y que se relaciona con otros.

Por otro lado, estas partes especializadas en determinadas funciones cerebrales no trabajan solas, por el contrario, bien sea como módulos de función o como tejidos cerebrales, existen conexiones que permiten la interacción, por asistencia u omisión, y el desarrollo normal de una actividad.

Sarah Blakemore y Uta Frith (2011) han referido investigaciones en las cuales, a través de experimentos con neuroimágenes, aparecen zonas activas en el momento en que las personas realizan el proceso de mentalización. La unión de estas zonas es lo que denominan “cerebro social”. Al parecer las personas activan diferentes regiones que “suponen deducir intenciones, creencias y deseos [...]: la corteza prefrontal medial, el surco temporal superior y los polos temporales adyacentes a la amígdala” (pp. 153-154), y que son las áreas que más evidencian actividad durante dichos procesos.

Cuando imaginamos que esta gran función cerebral denominada conciencia se encuentra activa en el cerebro, nos viene a la cabeza la imagen de una tormenta en la selva. Cada neurona es un árbol interconectado con otros, que envía su potencial de acción a otros árboles, primero a todos aquellos encargados de una actividad específica —recordemos que esa unión de neuronas especializadas conforma un tejido— y luego a otras regiones conexas. Entonces estallan por todas partes, de zona a zona, relámpagos que iluminan nuestra selva. A pesar de que el estado mental-conciencia es un ejercicio de todo el cerebro, lugares como la corteza prefrontal medial, el surco temporal superior y los polos temporales adyacentes a la amígdala desempeñan un gran papel.

Sabemos que el sistema límbico es el encargado de gran parte de las actividades autónomas del cuerpo, de registrar las sensaciones viscerales e instintivas y las emociones; nos ayuda cuando hemos de huir frente a un peligro inminente o a reaccionar de manera inmediata ante una situación emergente. En ese contexto, el hipocampo se destaca, entre otras funciones, por ser el encargado de la memoria espacial. Recibe su nombre por su parecido con los caballitos de mar (*Hippocampus*) y es muy útil a la hora de ir a visitar a la abuela, regresar cada mañana a la universidad o cuando estamos buscando una dirección nueva. Esta región nos permite almacenar información visual y espacial sobre lo que hay a nuestro alrededor y en nuestro camino, es un GPS que almacena gran cantidad de imágenes de los sitios que hemos recorrido.

Por su parte, la corteza prefrontal, ubicada en la zona anterior del lóbulo frontal, está destinada a actividades como las de planificar, tomar decisiones, controlar la atención e inhibir algunas conductas inadecuadas. Junto con los ganglios basales la corteza prefrontal es la encargada de la acción; estas dos regiones están profundamente enraizadas, de ahí que el movimiento o inactividad sean órdenes que, al llegar a los ganglios desde la corteza prefrontal, se ejecutan en el marco del nivel de desarrollo del individuo.

Cuando vemos el comportamiento de los niños y el de los jóvenes, que al parecer no se ajustan a los condicionamientos sociales —algunos los llaman alocados, díscolos e irresponsables—, podemos aludir a un desarrollo escaso del lóbulo frontal. Según la neurociencia, este adquiere su punto máximo de maduración en las mujeres alrededor de los 27 años y en los hombres a los 37 años, aproximadamente. Quizá la etapa en la cual para los chicos todo es posible sea una oportunidad maravillosa para que, como educadores, los motivemos, no desde la norma sino desde la provocación; hay que alentar desde el desafío, porque desde allí se obtienen resultados más comprometidos.

Por otro lado, las anteriores regiones, el hipocampo y la corteza prefrontal, cooperan en una función sumamente importante para el desarrollo de la conciencia: la memoria episódica. Esta trata del almacenamiento de nuestros recuerdos, los buenos y los que no lo son tanto.

Este tipo de memoria es la protagonista en una hermosa película infantil y con un gran contenido, para que los adultos entendamos gráficamente lo que sucede en la mente de los jóvenes cuando transitan por su infancia, pasando por la preadolescencia hasta llegar a la adolescencia: *Intensa mente* (Del Carmen y Docter, 2015). En ella se ilustra la historia de Riley Andersen, una niña de once años, y una serie de aventuras que son vividas al interior de su mente por cinco emociones que se muestran antropomorfizadas en la cinta: alegría, tristeza, temor, desagrado y furia. Estas emociones se encuentran en una especie de torre de control, donde llegan toda suerte de recuerdos y desde donde se operan todas las actividades de pensamiento, sueño y acción de Riley. En aquella torre, los recuerdos llegan motivados por las experiencias vividas y en relación directa con las emociones que experimenta a la hora de producirlas; así, los recuerdos son de alegría, tristeza, desagrado, temor o ira.

Lo interesante de este relato, entre otras tantas cosas, es que algunos recuerdos que son sumamente importantes para la niña

van configurando islas, que serían los rasgos de personalidad; en esa medida, nuestra memoria, aunque también nuestros olvidos<sup>5</sup> —ello se evidencia como metáfora en aquella escena en la cual Bin Bong, el amigo imaginario de Riley, se sacrifica en el abismo del olvido para que Alegría pueda seguir adelante con su misión—, van conformando nuestra personalidad: somos la historia que decidimos recordar u olvidar.

A propósito de lo anterior, como hemos dicho, si bien cada zona se ha especializado en determinadas funciones, la conciencia es una función que implica la totalidad del cerebro. En esa línea de ideas, Llinás (2002) cree que tal función cerebral, encargada de la elaboración de la realidad, puede verse afectada por algunos fenómenos, como las enfermedades o lesiones, lo cual es importante destacar ya que revelan la capacidad de trabajo cooperativo entre diversas áreas cerebrales:

Algunas enfermedades neurológicas revelan que la capacidad de reconocer y de responder a la realidad puede alterarse de innumerables maneras y estos trastornos nos permiten descubrir el sorprendente cooperativismo de la función cerebral. Para este efecto, todas las partes son importantes, aun las que en un momento dado se hallan en silencio. Al igual que en la música, también en la función cerebral el silencio es tan importante como el sonido. (p. 133)

Todas las áreas son importantes y trabajan de forma cooperativa en razón a las necesidades de supervivencia del organismo. Cuando una lesión o una enfermedad limitan un área, esta es apoyada por otra para tratar de compensar la pérdida. Por otro lado, también

---

5 Nuestra memoria queda detenida en ocasiones, como cuando dejamos de vernos con una amistad o una persona muy cercana, nuestra memoria queda ahí; luego, en el reencuentro, cada uno ya es otro, por lo vivido y lo olvidado del otro, por lo cual es necesario reconstruir, apelando a la confianza, la historia del otro y la propia, para volver a quedar al día.

es evidente que con la afectación de cualquier área, por insignificante que sea el problema, se pueden presentar consecuencias enormes en el desarrollo de la persona.

De ahí que podamos decir que la conciencia no es una función que implique una zona o tejido exclusivo para su funcionamiento dentro del cerebro. En sentido inverso, esta tormenta eléctrica, esta oscilación neuronal, implica una actividad global en toda la selva, en todo nuestro cerebro; actividad, en la cual, aunque algunas regiones se destacan más que otras, como ya lo referimos, también son importantes aquellas que participan con sus silencios.

## Bébeme. Siempre afectados

Hoy en día el mercado nos satura con toda clase de bebidas, las hay que energizan nuestro cuerpo, las que cuidan nuestra piel, aquellas que contienen “la felicidad en burbujas”, otras son cero azúcar o están endulzadas con estevia, las que ayudan a la memoria, la que “une a los amigos” o diversas presentaciones de agua. Todas nos invitan a que las bebamos, a que seamos un número más dentro de las cifras de sus consumidores, prometiendo maravillas, elixir para mantenernos *on* en un mundo lleno de trabajo y actividades por desarrollar. Lo importante es permanecer activos como el Conejo Blanco para no llegar tarde (Carroll, 2004, p. 7) en esta sociedad de rendimiento (Han, 2015).

Precisamente, “Bébeme” es lo que puede leer Alicia en la etiqueta de una cristalina botellita; ha dado con ella después de entrar por la madriguera del Conejo Blanco. Esta botellita ordena, no da lugar a dudas —ni siquiera puede preguntarse por su contenido—, solo hay una cosa qué hacer: beberla. En efecto, nuestra aventurera la bebe descubriendo que no es un veneno, por el contrario “tenía, de hecho, una mezcla de sabores a tarta de cerezas, almíbar, piña, pavo asado, caramelo y tostadas calientes con

mantequilla” (Carroll, 2004, p. 10). Después de esto, Alicia siente una extraña sensación, como que se encoje y como si fuese un telescopio va perdiendo centímetros de altura y piensa que ahora sí tendrá el tamaño adecuado para pasar por la puerta y el estrecho pasillo que la llevarán a un hermoso jardín.

Sin embargo, quiere el destino o la fortuna —o el autor— que esta situación no termine allí: cuando se sabe pequeña, frente a la puerta y con el objetivo claro de ir al jardín, se descubre en un error, pues la pequeña Alicia ha olvidado tomar la llave que está sobre la mesa de cristal macizo que abrirá la puertecilla. Siente ganas de llorar, es una niña y está frustrada frente a su falta. Se aconseja a sí misma, su vocécita interna le habla, diciéndose que no es momento de llorar, con lo cual ve algo que no había percibido antes: bajo la mesa hay una pequeña caja con un pastelito dentro, que, como es de esperar, tiene una etiqueta con bellas letras que dice “Cómeme” (Carroll, 2004, p. 11). Esta vez crecerá algo más de dos metros.

Las dos situaciones anteriores serán el inicio de grandes y pequeñas transformaciones durante toda la aventura de Alicia. A cada nuevo espacio le vendrá una oportunidad para crecer o disminuir de tamaño, cada uno de los cuales le dará la posibilidad de sentirse y ver desde una perspectiva diferente. Hoy en día, desde la neurociencia, podemos decir que quizá los padecimientos de Alicia puedan ser una afección del sistema neurológico que afecta su percepción, la relación entre su simulación interna y los estímulos externos de la realidad.

La micropsia y la macropsia, denominadas como síndrome de Alicia en el País de las Maravillas (AIWS, por sus iniciales en inglés), ocurren cuando se tiene la percepción de que las cosas son más pequeñas o están más lejos de lo que corresponde con la realidad del observador o, en el caso contrario, la persona percibe los objetos más grandes de lo que son. Aunque los síntomas, causados en su gran mayoría por migrañas o por lesiones cerebrales, no sean

considerados peligrosos, en razón a la modificación de las percepciones, hacen que la persona, en muchos casos, se sienta asustada, desorientada y tenga dificultades para moverse en el espacio y manipular los objetos (Mastria, Mancini, Viganò y Di Piero, 2016).

Lo anterior es un ejemplo claro de que nuestra percepción de la realidad, y su respectiva simulación interna cerebral, pueden estar involucradas en una afectación singular, tal vez lo que vemos no necesariamente corresponda con lo que hemos llamado realidad. Puede que nuestras experiencias estén mediadas por diversos factores que nos lleven a configurar una realidad distorsionada.

Desde la concepción de Llinás y Churchland (2006), de que la mente-conciencia y el cerebro son una misma cosa, pues la primera es una función del segundo, podemos decir que cualquier afectación física en el cerebro tendrá repercusión en alguna de las funciones realizadas. Un golpe, una lesión o el consumo de ciertas sustancias alterarán la forma como opera el cerebro, en la mente-conciencia. Como consecuencia, el carácter biopsicosocial de nuestro cerebro se ve afectado por numerosas situaciones de carácter fisiológico, psicológico o social, que conducen a que su función de conciencia haga una construcción afectada de la realidad. Al respecto Llinás indica: “Resulta que la función cerebral es la que elabora la realidad, cosa nada fácil de hacer. Algunas enfermedades neurológicas revelan que la capacidad de reconocer y de responder a la realidad puede alterarse de innumerables maneras” (2002, p. 133).

No solo las enfermedades o lesiones pueden provocar distorsiones de la realidad, también estados anímicos, aprendizajes, memorias y olvidos, y el consumo de sustancias generan una alteración de nuestra conciencia. Si bien esta forma de operar o habitar, a la que hemos llamado conciencia, depende de la cultura en la que crecimos, es evidente que no siempre coincide con la conciencia colectiva. En ocasiones ese *saberse* está desarraigado de la esfera de

la realidad que ha construido la sociedad, de las ficciones (Harari, 2015; 2016) o narrativas (Bruner, 2009) comunes.

En la actualidad el consumo de algunas sustancias *espirituales*, psicoactivas, alucinógenas, psicotrópicas y neurotóxicas, entre otras, está relacionado con lo marginal, lo incorrecto y lo ilícito. Sin embargo, revisando nuestra historia, se evidencia que no siempre fue así.

Las sustancias que se extractaban de las plantas (Evans-Schultes y Hofmann, 2000) —y que ahora creamos sintéticamente— eran empleadas en los rituales antiguos para generar estados psicofisiológicos que permitían conectarse con toda suerte de deidades o conocimientos. En *El banquete* de Platón se deja constancia de que beben vino para poder responder mejor a los cuestionamientos de Sócrates. O incluso, en el siglo XIX, Edgar Allan Poe lograba ser más creativo en sus estados de alicoramiento.

Recordemos como ejemplo, en el mismo sentido, a Lucy (Beson, 2014), de la película que lleva su mismo nombre, antes y después de entrar en contacto con la droga sintética ficticia CPH4. En un primer momento era consciente de su lugar de residencia y de las actividades que desarrollaba allí, veía a las personas, se comunicaba con algunas, y no era capaz de determinar si otros le mentaban o si se encontraba en peligro; después, por efecto de la droga, es capaz de hacer relaciones mentales que le permiten ver y sentir más: se da cuenta del efecto de la gravedad, la temperatura y la lluvia, entre otras, sobre su cuerpo. Además, puede ver las ondas electromagnéticas utilizadas para las llamadas telefónicas móviles, apreciar la manera como funcionan los árboles y escuchar los sonidos más sutiles.

Lo cierto de todo esto es que, bien sea una bebida alcohólica o una sustancia psicoactiva, nuestro cerebro está dispuesto a absorberlas, lo cual desencadena que se establezca un estado alterado del funcionamiento y, desde luego, de la conciencia, con sus consecuentes actividades.

Ahora, en cuanto a las enfermedades mentales, es evidente que algunos trastornos hacen que nuestras percepciones nos lleven a estar en lugares y condiciones diferentes a aquellos que experimentan el común de las personas, a que *vivamos y operemos* en otras realidades. Este proceso de disociación, aunque altamente discutido por muchos psicólogos, ha tomado fuerza en la actualidad, al punto que en Estados Unidos se ha fundado la International Society for the Study of Multiple Personality and Dissociation.

Para Pierre Janet (1901), la disociación consiste en la disminución de la función cerebral de la conciencia, en la cual “algunos fenómenos elementales, sensaciones e imágenes, cesan de ser percibidos y parecen ser suprimidos por la percepción personal” (p. 527). Para los investigadores en neurociencia esto se hace evidente en los trastornos de personalidad múltiple, en las actividades desarrolladas durante la hipnosis o en periodos de sonambulismo<sup>6</sup>.

Además, existen otros trastornos que afectan nuestra conciencia, por ejemplo, cuando se produce deterioro cognitivo, bien sea por la edad o por la carencia de algunas funciones del cerebro. Este es el caso de la enfermedad de Alzheimer, que afecta directamente el comportamiento emocional, el lenguaje, la memoria, la percepción, el pensamiento y la capacidad de juicio.

También podemos enfrentar situaciones que afectan globalmente la personalidad, y que llegan acompañados por la alteración grave del sentido de la realidad; por ejemplo, los estados de psicosis, entre ellos la esquizofrenia. En este caso, la conciencia se ve alterada, produciendo alucinaciones y una desorganización del pensamiento, lo cual, por lo general, hace que la persona cambie

---

6 Si se desea profundizar en investigaciones de este tipo, Carlos Alvarado, del Departamento de Historia de la Universidad de Duke, ha realizado una publicación interesante, “La mente fragmentada: fenómenos disociativos durante el siglo XIX” (1991), en la cual hace un recuento histórico sobre los trabajos en torno a la disociación.

la manera de relacionarse con los demás y el desarrollo de las actividades cotidianas.

Entonces, es claro que una enfermedad mental logra afectar nuestra forma de percibir y, por ende, la imagen o simulación global que tenemos de la realidad interna o externa. Podemos ser conscientes de estar en Colombia, pero al mismo tiempo pensar que vivimos en el siglo pasado. Queda en el aire una pregunta: ¿cómo saber si de una u otra forma las enfermedades mentales son solo una manera de habitar la realidad? O, lo que es lo mismo, ¿cómo saber que lo que llamamos *normalidad mental* no es un tipo de enfermedad?

Otra situación donde también se ve afectado el cerebro se da a partir de lo planteado por MacLean (1990), quien concibe la idea del *cerebro triuno*, cuyas partes nos hacen operar-habitar en la realidad. La idea del cerebro triuno respalda la concepción de que el cerebro evolucionó y está configurado por tres partes que se autocontienen: cerebro reptil, sistema límbico y neocórtex. El primero, tiene como objetivo la supervivencia física real y el mantenimiento del cuerpo; el sistema límbico se encarga de la asociación de los acontecimientos con las emociones y la memoria; y el neocórtex permite el lenguaje, el pensamiento y la imaginación.

En ese orden de ideas, volviendo al plano de la especulación, no sería descabellado considerar la hipótesis de que la racionalidad —también la conciencia—, de la cual presumimos tanto como *Homo sapiens*, no está libre de los efectos de los instintos y los afectos. Como seres antropoides (*Homo*) llevamos más de 2.5 millones de años supeditados a nuestros instintos y afectos (Harari, 2015), quizá un poco más, pues como especie viva somos el resultado de millones de años de evolución que organizaron el sistema neuronal de la manera como lo observamos hoy.

Instintos y afectos son lo primero que evolucionó en nuestro cerebro —el reptil y el sistema límbico—. Esto los constituye en parte clave de nuestra evolución como especie: la naturaleza no

desecha los prototipos anteriores o menos evolucionados, por el contrario, aprovechándose de esos avances constituye o consolida los *nuevos y mejorados* sistemas<sup>7</sup>.

En esa vía de pensamiento, es evidente que —llevando tanto tiempo como seres instintivos y afectivos, suponiendo que la razón sea un estado más evolucionado— no podemos pretender que este último desarrollo se encuentre desligado de los primeros.

Con lo dicho en los párrafos anteriores, podemos deducir que siendo la mente-conciencia y el cerebro una sola unidad, que ha evolucionado con el paso del tiempo y de acuerdo con las necesidades de la especie, y que cada parte de este cerebro corresponde a unas funciones específicas que fuimos adquiriendo, no existe la más remota posibilidad de que como seres humanos funcionemos apartando los instintos y los afectos de la razón. Por el contrario, con estos elementos nuestro cerebro-mente-conciencia va construyendo una imagen del mundo al interior del ser humano. Nuestra conciencia no está libre, al margen o fuera de los afectos y los instintos, por el contrario, está atravesada por ellos. Podemos hablar, entonces, de una racionalidad afectada, de una conciencia afectada.

Lo anterior nos lleva a pensar que muchas de las decisiones las tomamos de acuerdo con nuestros conocimientos y experiencias, los cuales son o están afectados —mediados— por nuestros afectos. El mundo que establecemos es fruto de nuestros conocimientos afectados.

Carlos Eduardo Vasco (1990) brinda un ejemplo de esta idea, cuando menciona que la decisión radical que nos inclina por tal o cual conocimiento se da no necesariamente por los intereses

---

7 Para profundizar en la idea de que la evolución no desecha los prototipos, se recomienda leer el capítulo quinto (Lo que nos enseña la evolución del ojo) del texto de Llinás, *El cerebro y el mito del yo* (2002, pp. 109-128); también puede ser ilustrativo el capítulo dos (Evolución molécula a molécula) de la serie *Cosmos, una odisea del espacio-tiempo* (Druyan, 2014).

intrínsecos de la teoría de una ciencia, sino que destinamos grandes cantidades de tiempo y dinero, optamos por una disciplina en razón a nuestros afectos: porque tu maestro o maestra “te cayó bien”, porque te enamoraste de una compañera que estaba en ese curso. En ese sentido, el conocimiento y la ciencia se ven íntimamente relacionados con los afectos que poseemos los seres humanos. Hacemos ciencia por pasión a ella.

Por otra parte, es claro que el cerebro —y sus funciones— es parte de nuestro cuerpo, un cuerpo que siente. Este cuerpo y los afectos están marcados o condicionados por el contexto, donde descubrimos y aprendemos una manera de ser. Esa manera de ser desde los condicionamientos del cuerpo que siente no solo es una forma de operar, sino, sobre todo, una forma de conocer. Los afectos, como dice Martha Nussbaum (2008):

Conforman el paisaje de nuestra vida mental y social. Como los *levantamientos geológicos* que un viajero puede descubrir en un paisaje donde hasta hace poco solo se veía una llanura, imprimen a nuestras vidas un carácter irregular, incierto y proclive a los vaivenes. (p. 21)

Dichos *levantamientos* van configurando una característica singular de nuestra manera de ser y estar en el mundo. Son los que orientan el juicio y el gusto por esto o aquello. Los afectos son una manera de operar y conocer la realidad. Además, igual que en el caso del parque, donde los paisajes son modificados por los demás, es en medio de los otros donde aprendemos nuestros afectos, la forma de vivirlos, valorarlos y conceptualizarlos. En ese sentido, considerar “las emociones como una forma de pensamiento evaluativo nos muestra que la cuestión de su papel en una vida humana buena es parte esencial de una interrogación general acerca de la vida humana buena” (Nussbaum, 2008, p. 32).

Nuestra conciencia discierne y construye decisiones y conocimientos a partir de los afectos. Para Nussbaum es claro que “las

emociones [...] comportan juicios relativos a cosas importantes, evaluaciones en las que, atribuyendo a un objeto externa relevancia para nuestro bienestar, reconocemos nuestra naturaleza necesitada e incompleta frente a porciones del mundo que no controlamos plenamente” (2008, p. 41).

En esa medida, nos orientan desde nuestros propios intereses hacia aquello que deseamos ver. Hacen que veamos las cosas de una u otra manera, dependiendo del estado afectivo en que nos encontremos. Al respecto, Nussbaum indica: “Yo no era la filósofa entusiasta y autosuficiente que impartía una clase o, más bien, no era solo eso, sino también una persona traspasada por el mundo y que a duras penas contenía las lágrimas” (Nussbaum, 2008, p. 42). En ese momento, en el que enfrentaba la muerte de su madre, una gran carga afectiva la invadía e influenciaba su conciencia, sus decisiones, sus construcciones mentales.

De igual modo que los afectos hacen ver cosas, también contribuyen a que desaparezcan. Bruna, en la novela de Jorge Mollist-Pallas, vive eso: “Nuestras bocas —dice— se unieron en un dulce beso y yo sentí ese abandono que hace perder la conciencia de todo lo que nos rodea. Solo existía él, su calor, su caricia. El mundo había desaparecido” (2009, p. 577). Parece que el tiempo y el espacio se pierden cuando ciertas emociones, como el amor o la pasión, se apoderan de nuestra conciencia-cerebro.

Además, las emociones provocan que podamos cambiar nuestras percepciones sobre algo, como le pasa, también, a Bruna: “Me quedé muda de sorpresa. Todo estaba en el mismo lugar; las frazadas, las sombras de los árboles, los caballos, las estrellas, aquella luna maléfica y el canto de los grillos. Pero el mundo había cambiado de repente” (2009, p. 583). El mundo, la realidad adquiere otro sentido, o como le pasa al personaje de Mo Yan (2011), Hong Xi, a quien el miedo le juega una mala pasada, pues a pesar de ser un valiente guerrero el temor le hace ver espectros en el bosque.

Retomando: cerebro y conciencia han evolucionado generando una serie de interacciones entre los instintos, los afectos y la razón; además, la conciencia puede verse mediada o afectada por sustancias, trastornos mentales o lesiones cerebrales. Estas situaciones hacen que consolidemos fragmentos de la realidad, tomemos decisiones y nos orientemos hacia determinados esquemas epistemológicos o construcciones-simulaciones de la realidad. Nuestra conciencia se enfrenta a los paisajes de los parques que hemos y se han levantado, y de esa manera vamos operando en la realidad.

